



El mundo olvidó
su nombre.
Es hora de conocer
su historia.

La violinista

HARRIET CONSTABLE

HARRIET CONSTABLE

LA VIOLINISTA

Traducción de Lara Agnelli

Título original: *The Instrumentalist*

© Kubuni Ltd., 2024

© por la traducción, Lara Agnelli, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-08-29406-1

Depósito legal: B. 14.095-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Venecia, 1695

Anochece, y la Marangona repica en la piazza San Marco. Las campanadas salen tiritando de la boca de bronce, se deslizan sobre la cúpula de la basílica, lamen los moluscos que revisten el canal embarrado y se filtran por el hueco que queda entre la acera y la puerta de madera. Tras ella, una muchacha que aguarda en un pasillo estrecho y poco iluminado alza la vista.

Para algunos, la campana marca el paso del tiempo. Para otros, señala las fiestas de guardar, las reuniones del concilio o las ejecuciones públicas; pero para ella es la señal de que puede salir a la calle junto con sus compañeras de profesión. Cae la noche, es hora de trabajar.

Se envuelve el cuello con el chal amarillo de fina lana que anuncia su oficio y sale a la calle. Se aloja en un burdel del distrito de San Polo, que queda escondido tras la Ruga dei Oresi, la vía principal tanto para los viajeros como para los habitantes de la ciudad que cruzan el puente hacia San Marco todos los días. Una ubicación estratégica donde nunca falta trabajo.

El sonido de sus tacones resuena en el suelo empedrado al caminar. Gira a la izquierda al salir del burdel; de nuevo a la izquierda en la esquina donde el carnicero vende casquería, y sigue recto hasta llegar a su sitio de siempre, junto a la entrada del puente de Rialto. Con una inclinación de cabeza saluda a otra mujer que acaba de llegar y está preparándose. Dobla el manto y el chal, y los deja en el suelo, debajo del puente. Han llegado a un entendimiento tácito: «Aquí se guardan las cosas, bien colocadas, mientras trabajamos».

Lleva un vestido de lino verde, de cintura alta. El reborde del pronunciado escote es cuadrado, y va decorado con una cinta. Se lleva las manos al escote, tira de los dos lados a la vez hasta dejar los pechos desnudos y, apoyada en una pared de ladrillos claros, espera al primer cliente de la noche. Lo normal es que se trate de un hombre y que vaya solo; también suele ser normal que apeste a vino.

El corazón le late con fuerza, pero menos que al principio. A los diecisiete años se siente ya capaz de soportarlo casi todo. Son tres al día de media. En seis meses, casi seiscientos clientes. Da golpecitos con el pie, siguiendo un ritmo que oye en su cabeza. Es una noche de trabajo como otra cualquiera.

No es uno de los clientes habituales. Es un hombre, sí; va solo, sí. Pero nunca lo había visto antes. No se anda por las ramas. Eso a la prostituta no le importa, pero debe de tener unos cuarenta años más que ella y sus ojos son oscuros como los de un demonio.

—Vamos —dice mirando por encima del hombro,

como si tuviera miedo de que lo descubrieran. Huele a humo de leña, a tabaco. Tiene la voz grave y habla en tono bajo.

Ella le muestra el camino hasta el burdel y suben los escalones de madera, que crujen bajo el peso del cliente. Este refunfuña y agacha la cabeza para no golpeársela contra el marco cuando entran en la habitación. La gorra roja y el abrigo con botones de hojalata hacen pensar que se trata de algún empleado de los astilleros. Ha oído decir que pueden construir un barco de guerra en un día.

Hay una cama grande con cuatro postes de madera oscura y unas cuantas velas, ya muy gastadas, cuyas sombras parpadean y tiemblan contra las paredes. Inspira hondo y la puerta se cierra a su espalda.

Nueve meses más tarde tiene el vientre hinchado y endurecido. Se despierta antes del alba porque un dolor, eléctrico y abrumador, se ha apoderado de ella y la recorre de arriba abajo. Siguiendo el plan previsto, se cubre con el apelmazado chal amarillo y se guarda en el bolsillo la tela que ha estado bordando.

El primer obstáculo que debe superar es la escalera. El dolor hace que lo vea todo rojo escarlata. Siente un calor que la desgarran por dentro, en el bajo vientre, y debe agarrarse con fuerza a la barandilla astillada para no caer rodando cuando le fallan las piernas. Logra llegar a la calle, pero una vez fuera cae de rodillas y se agarra el vientre, inclinándose hacia el suelo. ¿Logrará llegar a tiempo? No está lejos de aquí, pero en su estado...

«No puedes detenerte», se dice. «Puedes hacerlo», decide.

Se levanta con esfuerzo y sigue andando calle abajo, apoyándose en las paredes de ladrillo. La superficie de los charcos se rompe bajo sus zapatos, partiendo los reflejos por la mitad. Solo debe recorrer unas cuantas calles, pero el trayecto se le hace eterno. El dolor es insoportable, mucho más fuerte que hace un cuarto de hora.

Tres golpes en la puerta, alguien que se acerca arrastrando los pies y al fin una matrona, gris y arrugada, abre un poco la puerta. A través de la rendija ve el prominente vientre, que una mano joven agarra con todas sus fuerzas. Entonces la expresión de la comadrona cambia, ya no es de fastidio, sino de preocupación. Esta vez abre la puerta del todo.

—Entre los dientes —le ordena la matrona, tras arrebatárle un hueso a su perro, pequeño, blanco y negro, y dárselo a ella.

El perro gruñe, pero la muchacha gruñe con más ganas. Muerde el hueso, sintiéndose más animal que nunca. El dolor se vuelve espectacular, de un rojo vívido, como si la estuvieran partiendo en dos desde dentro.

Es lo último que se le pasa por la cabeza antes de perder el sentido. Espectacular.

Han pasado dos días en el oscuro cuartito de la matrona. El cuerpo desgarrado de la muchacha necesita mucho más tiempo para recuperarse, pero alguien necesita la cama más que ella. Ahora es otra joven la que chilla.

—Es hora de irse —le anuncia la comadrona.

—Pero ¿adónde? —pregunta la muchacha, que no había previsto sobrevivir al parto.

La matrona le devuelve el chal amarillo y se sorprende al ver una criatura dentro que no se está quieta. Casi se había olvidado de ella. Tiene la piel moteada, arrugada, y se le marcan mucho las venas. La matrona le acerca una cuchara para que beba las últimas gotas de agua azucarada. La muchacha sostiene con dificultad el rollo de brazos y piernas que no deja de moverse, incapaz de concentrarse, incapaz de pensar. Se le ponen los ojos en blanco cuando el dolor le atenaza los muslos. Cuando las lágrimas caen en la cara de la criatura, esta empieza a berrear, enfadada.

La muchacha camina sin rumbo, recorriendo el laberinto de callejones y puentes sin saber adónde va. Sigue sangrando; está agotada y muy dolorida. Se ha pasado la noche soportando el llanto penetrante de la criatura, que al fin se ha callado.

Se acerca el amanecer y una espesa niebla serpentea sobre el canal. Lo único que tiene que hacer es seguir andando. Si no deja de caminar, la cosa esta seguirá callada. Llega a una zona más ancha, de edificios ornamentados con ventanas lanceoladas que se asoman al canal, verde como el jade. Cuatro escalones descienden hacia el agua, que rompe contra ellos de un modo muy seductor.

«Ven a mí —la llama—. Ven a mí.»

El agua está fría, pero, a pesar de la hora temprana de esa mañana de primavera, sumergirse en ella le resulta

agradable. Con la criatura aferrada a su pecho, se adentra cada vez más en el canal.

Esta es la solución, claro. Aquí está tranquila, en paz. La muchacha se deja caer hacia atrás y, en un movimiento tan natural como el respirar, hunde ambos cuerpos bajo la superficie.

Pero la criatura, sorprendida por el frío, la humedad y la falta de oxígeno, se rebela. Indignada, furiosa y más viva que nunca, lucha por liberarse de los brazos que la sujetan.

«Estate quieta, cállate», le ruega. Ya no falta mucho. Ya casi está.

Pero la criatura se resiste con la fuerza de un huracán y no puede controlarla. Cuando las dos asoman la cabeza fuera del agua, gritan reclamando aire, reclamando vida.

La criatura se aferra a ella con más fuerza. Ya no grita, le está rogando. Y en ese momento, en algún lugar a lo lejos, se deja oír una única nota, elegante, larga. Saca a la criatura del agua, la envuelve en su manto empapado y echa a correr.

Las gigantescas puertas talladas de Santa Maria della Fava están abiertas a la espera de que lleguen los primeros feligreses. La muchacha está empapada y le castañetea los dientes. Mientras avanza, la criatura permanece callada entre sus brazos. La recibe el sacerdote, que se acerca a ella por el pasillo central, con pasos ágiles que resuenan en la iglesia vacía.

—Las putas no pueden entrar.

Le da un empujón en dirección a las altas puertas de

madera. La sotana de seda bordada se hincha con la brisa. Ella se abre el mantón para dejarle ver la criatura que lleva en brazos.

—Por favor..., hermano —le ruega.

Pero la expresión del cura pasa de la condena a la repugnancia. Cuando vuelve a empujarla y le cierra las puertas en la cara, la muchacha siente la bofetada del viento. Se deja caer al suelo y se queda sentada, con las piernas abiertas ante ella.

Inspira y suelta el aire mientras otra descarga de dolor le recorre los muslos. Hace una mueca, fruto del dolor que le provoca su propio cuerpo, aunque al mismo tiempo se da cuenta de que el aire huele dulce: a una mezcla de mantequilla, azúcar y harina que proviene de una pastelería cercana.

Nota los pechos hinchados y palpitantes. La criatura vuelve a berrear. La solución es tan simple como animal; ya sabe lo que tiene que hacer. Con una mano lánguida, se baja el vestido, dejando un seno al aire. La criatura se aferra con fuerza y empieza a succionar.

La mujer que la encuentra fue también una *cortigna lume* en otra época, una prostituta que perdió la belleza, pero no las ganas de luchar. La muchacha se despierta en la humilde casa de la prostituta, en el suelo, rodeada por unos cuantos cojines y una manta. Ve una consola junto a la pared, y en ella una caja llena de naipes. La mujer le ofrece una taza de café humeante. Se lo lleva a los labios, sopla con suavidad, da un sorbito y está a punto de echarse a llorar al sentir el calor que le recorre el cuerpo.

La prostituta se agacha y le habla, con una mano en la riñonada, mientras recoge del suelo el plato y la taza ya vacíos. No la mira a los ojos al hablar.

—Puedes quedarte aquí hasta que estés recuperada y luego me pagas a final de mes. Puedo conseguirte trabajo en mi antiguo burdel. Les gustarás cuando se te haya curado el chocho. —El plato y la taza tintinean al levantarse la mujer. Señalando con la taza, añade—: La llevarás a la Pietà, dentro de dos semanas, cuando estés más fuerte. Pero no más tarde, o no cabrá por el hueco.

—¿Qué es la Pietà? —pregunta la muchacha en voz baja.

—Allí la criarán, le darán una buena vida. Tendrá una educación, oportunidades, hasta les enseñan a tocar instrumentos.

La prostituta no espera respuesta, porque no se trata de una conversación. Se da la vuelta y sale de la estancia.

La muchacha pestañea mientras la sigue con la vista. Nota un serpenteo acompañado de un arrullo. Siente que algo se hincha en su interior y se prepara para un dolor que no llega. En su lugar se presenta algo más intenso y duradero, algo bueno. Baja la vista para descubrir la causa y, por primera vez, se da cuenta de que lo que tiene entre los brazos es una niña.

Los siguientes diez días son los más dulces de su vida. Contempla al bebé, que empieza a fijar la mirada, clavándola en ella y aprendiendo que ella es su madre. La muchacha la alimenta, la abraza, le acaricia las mejillas y le limpia las babas. Y aunque ya no comparten el mismo cuerpo, entre ellas se establece un acuerdo tácito: forman, y siempre formarán, parte de la otra.

Inhala su cálido aroma a leche y piensa en lo que le gustaría decirle algún día; lo que le habría gustado que alguien le dijera a ella alguna vez.

Le dirá que corra, que sueñe. Le dirá que deje salir todo lo que lleva dentro. Y cuando su hija algún día le pregunte qué hacer con su vida, qué puede llegar a ser, le responderá: «Cualquier cosa. Cualquier cosa que ilumine tu mundo y lo pinte de colores».

Tres días antes de la fecha acordada, la muchacha recorre la ciudad cargada con sus monedas y su hija. Ha decidido gastar el poco dinero que tiene ahorrado en papel, precioso papel veneciano, digno de una reina.

El dependiente no esconde su desaprobación mientras ella elige el mejor papel que puede permitirse, una hoja gruesa de color crema con vetas verdes. Le cuesta más de lo que se gastará en comida durante los próximos tres días, pero no lo duda.

En la tienda de al lado hay un escriba. La muchacha hace sonar tres veces la campanilla de metal negro que hay en la entrada y un hombre guapo, con las manos manchadas de tinta, le abre la puerta.

—Escriba esto —le pide cuando entran, y él transforma sus palabras en bonitos trazos sobre el papel.

Lo dobla con cuidado y se lo guarda bajo el manto.

Al regresar a casa de la prostituta, coge un naipe de la caja de la mesita y, con un cuchillo de cocina, lo parte en dos mitades, en diagonal. Una de las mitades se la guarda en el corsé.

Llega un nuevo amanecer, un momento del día que asociará al dolor durante el resto de su vida.

—Tiene que ser hoy —le advierte la prostituta.

La muchacha envuelve a su bebé en el chal amarillo y vuelve a salir con ella a la calle. A cada paso sacude la densa niebla que se arremolina a sus pies. Las faldas le golpean los tobillos mientras se apresura a cruzar el laberinto de calles con el corazón bombeándole con fuerza en el pecho. Al pasar ve en las ventanas máscaras doradas, que parecen burlarse de ella. Su animal interior está en guardia, como una presa que presiente un ataque. Tiene los oídos bien abiertos para que no se le escape ni un sonido y abraza al bebé, que oculta bajo el manto con gesto protector.

«Vamos, date prisa, no te entretengas ni te distraigas —se dice—. A la izquierda, a la derecha, a la derecha, a la izquierda, a la derecha. Si oyes algo sospechoso, sal corriendo. Corre.»

Pero el trayecto es tranquilo y, a medida que se acerca a la Pietà desde el callejón lateral, va aflojando el ritmo. No sabe el rato que tarda en dar los últimos pasos, pero es mucho más del estrictamente necesario.

Se queda quieta con la mirada fija en la rejilla, en el hueco del muro donde está a punto de depositar a su bebé, ese manojo de fuego y energía que le llena el pecho de orgullo; la criatura que le rogó por su vida.

No es capaz de hacerlo. Retrocede tambaleándose, sujetando a su hija con más fuerza, pero un gemido le llama la atención.

En el suelo, bajo el hueco del muro, hay varias cajas. Le había parecido que estaban llenas de retales, restos de

comida y basura en general, pero el ruido que sale de una de ellas le llama la atención. Al retirar la caja debe contener un grito, porque dentro de la caja hay un bebé, amoratado de frío y cubierto por los arañosos de algún animal. Mientras lo observa, deja de respirar. Es un bebé grande, tanto que no pasa por el hueco de la pared.

La muchacha inspira hondo y le coloca los dedos en el cuello, pero no encuentra latido. Le cierra los párpados y, con delicadeza, le cubre la cara con un trozo de tela.

No necesita ver más.

Se levanta, le dirige una última mirada a su hija y la deposita con cuidado en el hueco de la pared. Desliza la nota doblada y la otra mitad del naipe dentro de la mantita que la envuelve. Le da un beso en la coronilla, se incorpora y tira de la campanilla. Luego se da la vuelta e, incapaz de mirar atrás, desaparece para siempre.

«Sigue tu camino, dulce bebé —pone en la nota—, y no olvides nunca que tu madre te quiso.»

Al otro lado del muro, la vida va a otro ritmo.

—El primero del día —anuncia sor Clara cuando oye sonar la campanita.

Se apresura a salir al patio y saca del hueco a un bebé que no deja de retorcerse. Es una niña.

—Quince de abril de 1696 —le dicta a sor Madalena, que anota los detalles en un enorme libro de registro cosido con cordeles y lleno de nombres.

Chiara della Pietà, llegada el 20 de febrero de 1687, con una moneda marcada y una nota de su madre. Paulina della Pietà, llegada el 29 de abril de 1695, con un pañito bordado. Agata della Pietà, llegada el 4 de mayo de 1695, con un poema y una herida en la cabeza que se ha hecho en el torno.

Desnudan al bebé y lo lavan en una bacinilla. Le examinan la piel por si sufre alguna infección y el poco pelo que tiene por si hay piojos. Colocan un hierro al fuego. Se oye un chisporroteo, seguido del olor de la carne marcada y de un grito furioso. Donde hace un instante estaba el hierro, ahora hay una letra P, fea, en carne viva, en la parte superior del brazo. Le vendan la herida y, después de que el sacerdote la haya bautizado, regresan junto al libro de registro.

El bebé respira de manera entrecortada a causa del dolor, pero hay algo que llama la atención en su mirada: una indignada determinación.

—¿Qué nombre le vamos a poner? —pregunta sor Magdalena.

Sor Clara baja la vista hacia la niña, que le sujeta con fuerza un dedo con su diminuta manita mientras entorna los ojos, como si estuviera concentrándose.

—Anna Maria della Pietà —responde, y el bebé le aprieta el dedo con fuerza—. Presiento que esta tiene algo especial.